

**LOS CONFLICTOS SOCIOPOLÍTICOS EN LA NARRATIVA MEXICANA.
UNA LECTURA DE *TOMÓCHIC* Y *NIEVES***

**SOCIOPOLITICAL CONFLICTS IN THE MEXICAN NARRATIVE. A
READING OF *TOMÓCHIC* AND *NIEVES***

Ma. de Lourdes Ortiz Sánchez
Universidad Autónoma de Zacatecas, México
lmorsa@uaz.edu.mx
<https://orcid.org/0000-0003-3627-8509>

Márcio de Lima Pacheco
Universidad Federal de Rondônia, Brasil
doutorpachecus@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-3902-2680>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.182>

Fecha de recepción: 16.11.23 | Fecha de aceptación: 17.01.24

RESUMEN

En épocas de crisis humanas algunos escritores acudieron a la creación literaria para tratar de librar la censura, de tal suerte que en los distintos géneros expresaron sus críticas y denunciaron los sistemas sociales que oprimían y castigaban a los desposeídos, a los pobres. En el México del siglo XIX, se observa en determinadas obras narrativas la relación entre historia y literatura, esta se nutrió de la compleja realidad durante toda la centuria, porque en el territorio pugnaban por el poder distintas facciones políticas: unas a favor de la monarquía y otras en defensa de la república. En este marco socio-histórico se desarrollaron escritores como Heriberto Frías y José López Portillo y Rojas, quienes, en sus novelas *Tomóchic* y *Nieves*, expresaron una visión crítica del sistema porfirista, en tanto opresor y persecutor de los que consideraba sus adversarios y un peligro para la estabilidad socio-política. Ambos autores escribieron en un contexto de dictadura en el que no existía la libertad de pensamiento y de expresión, y los temas como la explotación humana, los abusos de los hacendados y la disidencia nortehña en un pueblo de la sierra de Chihuahua no podían tratarse abiertamente; por ello, construyeron ambientes ficcionales para exponer con ojo crítico determinados acontecimientos.

PALABRAS CLAVE: Denuncia social, crisis política, historia, literatura, narrativa.

ABSTRACT

In times of human crisis, some writers resorted to literary creation to try to free censorship, in such a way that in different genres they expressed their criticism and denounced the social systems that oppressed and punished the dispossessed, the poor. In 19th-century Mexico, the relationship between history and literature can be observed in certain narrative works; this was nourished by the reality that was complex throughout the century, because different political factions fought for power in the territory: some in favor of the monarchy and others in defense of the Republic. In this socio-historical framework, writers such as Heriberto Frías and José López Portillo y Rojas developed, who in their novels *Tomóchic* and *Nieves* expressed a critical vision of the Porfirian

system, as an oppressor and persecutor of those he considered his adversaries and a danger to socio-political stability. Both authors wrote in a context of dictatorship, where freedom of thought and expression did not exist, and issues such as human exploitation, abuses by landowners, northern dissidence in a town in the mountains of Chihuahua, could not be discussed openly. For this reason, they built fictional environments to expose certain events with a critical eye.

KEYWORDS: Social complaint, political crisis, history, literature, narrative.

1. LA FUNCIÓN SOCIO-POLÍTICA DEL ESCRITOR

Desde principios del siglo XIX, la literatura mexicana se vio influida más que por preceptos estéticos, por circunstancias sociales, históricas y políticas. El hombre de letras asumió el compromiso de aleccionar a sus lectores a través de periódicos, folletos, novelas, obras de teatro, etc. Así, la escritura se utilizó como un arma contra la tiranía y la literatura —en concreto— sirvió para educar o informar a los lectores sobre situaciones socio-políticas. Los literatos del siglo XIX proclamaron la independencia intelectual respecto de los modelos peninsulares que durante siglos orientaron los parámetros de la literatura escrita en las colonias americanas. No obstante, es cierto que en la producción poética del jesuita Rafael Landívar —autor dieciochesco— se identifican los rasgos que determinarán la postura de los escritores del siguiente siglo: exaltación del suelo americano, descripción de la flora y de la fauna, sentimiento de orgullo y tono patriótico al dar tratamiento a temas conocidos y referentes cercanos.

En el siglo XIX, los poetas como el chileno Andrés Bello y el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo trataron tópicos relacionados con la naturaleza o hechos históricos con fervor patriótico a fin de encontrar los rasgos de una literatura propiamente americana que se diferenciara con notoriedad de la española. En la América hispana, en efecto, existía el sentimiento común de dotar de identidad a la literatura, de definirla a partir de sus raíces, del color local, de sus tradiciones y costumbres, y de reconocerse en el pasado para proyectarse en el presente y en el futuro. José Joaquín Fernández de Lizardi es una figura clave para entender los rasgos de la literatura decimonónica, pues plantea en *Noches tristes y día alegre* (1819) un romanticismo que después se desarrollará en las plumas de Fernando Calderón, Ignacio Manuel Altamirano, Juan Díaz Covarrubias, entre otros. En textos como *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* (1832) y *El Periquillo Sarniento* (1816), se reflexiona sobre los vicios humanos y se

define el ser del mexicano de su tiempo que no dista mucho del actual. En ambas obras, Fernández de Lizardi retoma el principio horaciano *dulce et utile*, que otros tantos escritores del XIX trabajarán de manera asidua en sus propuestas narrativas.

Cuando se indaga en el tema de la identidad mexicana, también aparece la figura de Fernández de Lizardi como precursor, porque dota a sus textos de una esencia que después otros autores retomarán, tales como el interés por la educación de los hijos y de las hijas, que expone en *El Periquillo Sarniento* y en *La Quijotita y su prima...* (1818), y que también trabajó Florencio M. del Castillo en la novela *Culpa* (1854). A su vez, *El Pensador Mexicano* encarnó la imagen del escritor de compromiso social y político que afinó su espíritu crítico principalmente en el periodismo; por ello, cuando lo reprimieron se refugió en la literatura para evidenciar y criticar. En ese sentido, no es casual que en la mayoría de sus textos se identifique ese afán por denunciar, pero de igual modo son evidentes sus propuestas encauzadas en la formación humana.

En el eje de crítica social y de denuncia política también se insertan autores decimonónicos como Manuel Payno, con *El hombre de la situación* (1861), ya que en su obra expone la codicia, la rapiña y la desvergüenza de los españoles, quienes creían que bastaba con llegar a las colonias para hacerse de riquezas y regresar a España con bolsas rebosantes de oro. José López Portillo y Rojas, en *Nieves* (1887), expone el abuso de autoridad y prepotencia del cacique frente a la miseria de sus jornaleros. José Tomás de Cuéllar, en *Ensalada de Pollos* (1869-1870), expresa que los llamados revolucionarios eran en realidad bandidos que asaltaban poblaciones y se burla de la clase política mexicana arribista y sin escrúpulos. En *La guerra de tres años* (1891), Emilio Rabasa expone los conflictos entre el pueblo y el gobierno liberal, porque este intenta impedir las manifestaciones de religiosidad popular en los espacios públicos y las consecuencias se recrean en el universo ficcional.

Ahora bien, el objetivo del presente trabajo consiste en reflexionar sobre la propuesta literaria de Heriberto Frías en *Tomóchic* (1893). Se analizará su postura de denuncia social y la importancia que tiene dar tratamiento a un hecho histórico que de otra manera hubiera sido inadvertido; lo anterior cobra valor y significación porque representa el prelude de un conflicto social que aconteció en 1910 y que puede entenderse como un parteaguas en la historia de México. Asimismo, se analizará otra obra que es cercana en su creación y publicación: la novela *Nieves* (1887), del escritor

jalisciense José López Portillo, en la que también se plantean una serie de conflictos, el abuso de autoridad del hacendado y los inicios de revueltas sociales de alcance nacional a principios del siglo XX. La metodología que se elige consiste en hablar de la función del escritor desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, después se analizará el contexto socio-histórico y en el último apartado se expondrá una reflexión sobre el tratamiento de los conflictos socio-económicos en el México pre-revolucionario desde las novelas *Tomóchic* y *Nieves*. Además, se aplicará la estrategia de la lectura dirigida que, según Lauro Zavala (2007), consiste en respetar el orden de la escritura (por líneas, por párrafos, etc.); este tipo de lectura considera el estado de la cuestión sobre las obras que se trabajarán. Como dice el autor, “[E]sta aproximación también se llama explicación del texto y es el comentario analítico más didáctico en el estudio formal de la literatura” (p. 13).

2. EL CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO COMO FACTOR DETERMINANTE

Durante todo el siglo decimonono, en México hubo conflictos por el poder. La independencia no significó bienestar, igualdad, justicia y felicidad para todos; incluso la promulgación de la carta magna en 1824 no eliminó las diferencias sociales, políticas e ideológicas. Así, en toda la centuria existieron problemas entre liberales y conservadores, y los políticos y los literatos estaban en un grupo o en otro. En 1867 triunfó la república con Benito Juárez al frente, suceso que tampoco se tradujo en la ansiada estabilidad política. Asimismo, la muerte del caudillo oaxaqueño, el 18 de julio de 1872, propició que se acentuaran en diferentes regiones las luchas por el poder y con ello la inestabilidad social, política y económica. Por su parte, Porfirio Díaz se levantó en armas en varios momentos contra el gobierno hasta que, en 1877, ocupó el cargo de presidente constitucional, el cual, tras sucesivas reelecciones, mantuvo hasta 1911. En ese sentido:

‘La fórmula de poca política, mucha administración’ funcionó satisfactoriamente durante largos años porque el país ansiaba la paz y quería mejorar su condición económica, y porque Porfirio demostró que podía mantener la paz y sabía cómo impulsar la economía nacional. Al final, sin embargo, se hizo cada vez más ingrata hasta provocar la rebelión maderista (Cosío, 1998, p. 99).

Porfirio Díaz llegó al poder y su gobierno se extendió por varias décadas. A pesar de que pregonaba en función del orden y el progreso, las desigualdades sociales se subrayaron, los beneficios económicos eran para una minoría y la pobreza acentuaba el descontento del pueblo. México nunca fue un territorio donde todas las facciones políticas

y sociales convivieran en paz, debido a que la lucha por el poder fue una constante durante todo el siglo XIX. Aun cuando Díaz difundía que en su gobierno se había llegado por fin a la estabilidad necesaria para impulsar la apertura comercial, así como el avance de la ciencia y la ansiada modernidad, la realidad era distinta y ello consta no solo en las páginas de la historia, sino también en las de la literatura. Con el paso del tiempo, la crisis política y las disputas al interior del gobierno suscitaron problemas que se reflejaron en todos los sectores, lo cual desmoronó el régimen al evidenciar los problemas económicos, sociales, culturales y políticos, y con ello se perdió el control. Por tanto:

El descontento tomó diversos matices: manifestaciones callejeras, ataques a edificios públicos, saqueos o bandidaje, huelgas obreras o rebeliones agrarias. Y [...] para reprimirlos se recurrió a la fuerza: fue ésta la etapa en que cientos de hombres, mujeres y niños yaquis fueron deportados a campos de trabajo en Oaxaca y Yucatán, y de la matanza de mineros en Cananea y de obreros en Río Blanco (Speckman, 2008, p. 357).

Las causas del conflicto en el pueblo de Tomóchic son diversas. Por ejemplo, en el norte de México no solo se practicó una religiosidad disidente, sino también en la zona en la que habitaban antiguos enemigos políticos de Porfirio Díaz como Luis Terrazas, Teresa de Urrea y su padre Tomás Urrea. Súmese a ese complejo escenario político las crisis agrícolas en Tomóchic que enojaron a sus habitantes y la actitud de desconocimiento de las autoridades civiles y eclesiásticas. En ese tenor:

[...] las autoridades religiosas y políticas [...] debieron unirse para enfrentar aquellos aguerridos hombres portadores de carabinas Winchester y que teniendo como cabecillas a Cruz y a Manuel Chávez, defendían su autonomía y su especie de catolicismo cismático que desconocía al Clero (Montanaro, 2010, p. 16).

De Heriberto Frías, autor de *Tomóchic*, hay mucho que expresar sobre su vida, obra y posturas en lo social y en lo político. Frías nació en Querétaro en 1870 y murió en 1925; además, combinó sus actividades periodísticas con la creación literaria. La mayoría de sus novelas no han sido reeditadas ni reconocidas por la crítica, suerte que no fue la misma de *Tomóchic*, publicada en 1893. La novela fue un éxito editorial y desde que apareció hasta 1925 tuvo cinco ediciones (Davobe, 2004). Los textos *El triunfo de Sancho Panza* y *Mazatlán* aparecieron en 1911 y se consideran parte de una trilogía apoyada en la crítica social. De su autor se menciona que no perteneció al grupo de escritores consagrados de su época ni obtuvo reconocimientos por su labor literaria. Frías, en general, se dedicó a escribir sus reflexiones sobre la historia de México y siempre lo asfixió el mundo periodístico por hipócrita y servil, razón que lo llevó a denunciar a través de sus obras

literarias (Arteta, 2007). La novela *Tomóchic* llamó la atención más que por su calidad estética, por su carácter informativo, al expresar en sus páginas un acontecimiento histórico ocurrido en el norte de México.

Tomóchic apareció de manera anónima en el periódico *Demócrata* en veinticuatro entregas y circuló en formato de libro hasta 1894. A fines de 1895 se publicó en el referido medio el comentario del poeta José Juan Tablada sobre la obra en la que expresó, con tono heroico, la batalla librada por los serranos en defensa de sus ideales. La autoría de la novela se le adjudicó al entonces teniente del ejército Heriberto Frías, quien participó en el enfrentamiento armado contra los habitantes del pueblo de Tomóchic en 1892; por lo anterior, se abrió una averiguación judicial por presunta infracción de varios artículos del Código de Justicia Militar. La investigación duró poco más de cuatro meses, tiempo en el cual Frías estuvo en prisión. Al respecto, Antonio Saborit (1994) afirma que:

La mano de Frías, sospechaba Díaz, había pergeñado la novela que publicó El Demócrata y de ser cierta la sospecha del presidente, quien la endosó (por así decir) a las autoridades civiles y militares en Chihuahua, el joven y creativo oficial habría faltado a varios artículos del Código de Justicia Militar relacionados con los deberes de respeto, sigilo y fidelidad (p. 28).

Felizmente, el autor salió de la cárcel y el ejército lo exoneró de culpa gracias a la estrategia del editor del periódico, Clausell, quien acudió a argumentos literarios para esquivar el castigo de las autoridades. Fue hasta el año de 1899 en que Frías aceptó ser el autor de *Tomóchic*. La novela tuvo cinco ediciones hasta 1925, año en el que muere su autor. Ahora bien, entre los sucesos sociopolíticos destacados que ocurrieron en la última década del siglo XIX y que, a su vez, dieron origen a la desobediencia del pueblo de Tomóchic, Illades (1994) los resume así:

1) el gobierno porfirista despojó a muchos campesinos de sus tierras; 2) la centralización política tocó a poblaciones hasta entonces alejadas de la esfera política nacional y a las que, de manera repentina y violenta, les fueron impuestas autoridades; y, 3) se resquebrajó la economía tradicional ante la llegada de inversiones extranjeras (p. 98).

En tal sentido, había condiciones para que los campesinos protestaran ante su situación de pobreza extrema. En efecto, es precisamente en épocas de crisis y en las coyunturas históricas y socio-políticas en las que las personas marginadas, explotadas y olvidadas por el gobierno buscan un líder que los guíe y que los reconforte. Habida cuenta

de ello, los habitantes de Tomóchic creían en los milagros de la santa de Cabora y en el Cristo de Choqueque por mera necesidad. Ante esta situación:

[...] en 1893, los habitantes del pueblo de Temosachic del distrito Guerrero de Chihuahua, se rebelaron al grito de ¡Viva la ‘Santa de Cabora’! El propósito de los sublevados era quitar de su puesto al supremo Poder de la Nación y Temosachic corrió una suerte similar a la de Tomóchic. El desorden continuó en el lado mexicano y las invocaciones a la ‘santa’ fueron escuchadas por el presidente Díaz (Illades, 1994, p. 102).

La literatura decimonónica o de principios de siglo pareciera un reflejo de la situación histórica y socio-política de México, y muestra de ello es la novela corta *Nieves* (1887), del escritor jalisciense José López Portillo y Rojas¹, en la que se critica las precarias condiciones de vida de los campesinos del Occidente. A raíz de que el gobierno de Díaz acentuó la desigualdad y la pobreza en diversos sectores, no había condiciones laborales justas ni se tenía un ambiente social de progreso que involucrara a todos los ciudadanos, es decir, no llegó a todos los rincones del territorio. José López Portillo y Rojas no solo se dedicó a la creación, sino también fue periodista y funcionario del gobierno, ocupó la Secretaría de Relaciones Exteriores, la Secretaría de Educación Pública, y de 1911 a 1913 fue diputado, senador y gobernador del Estado de Jalisco. A su vez, formó parte del grupo de jóvenes escritores de Guadalajara; por eso:

La cercana relación que tuvo con los círculos gubernamentales y económicos del país, sus viajes, su propia cultura le dan una visión amplia de la situación y le ayudan a expresar sus experiencias en distintos géneros literarios. Sus novelas más importantes presentan diversos momentos en la vida de México [...] (López Portillo y Rojas, 1985, p. 146).

En varios de sus textos se capta el uso de la ironía y el humor para burlarse de ciertas situaciones, como en *Ramo de olivo* (1918), *Reloj sin dueño* (1918), *Puro chocolate* (1918) y *La fuga* (s/f). En sus novelas se infiere, según Fernando Burgos (2006), “[E] proyecto de una visión viva y concienzuda de lo social...” (p. 74). Esta idea puede aplicarse a *Nieves*, donde el narrador personaje es más un observador que informa a los

¹ El escritor fue miembro de la Real Academia Española y Secretario y Director de la Academia Mexicana de la Lengua. Además, José López Portillo fue un intelectual con una formación sólida que lo llevó a escribir crónicas, novelas cortas, cuentos, historias, leyendas, así como ensayos de temas históricos y políticos. Era conocedor de la tradición literaria y de las corrientes del romanticismo, el realismo y el naturalismo. En la primera pueden ubicarse las leyendas *Adalinda* y *El harpa*, en la segunda, el cuento *Puro chocolate*, *El primer amor*, *Reloj sin dueño*; en el relato *En diligencia*, a través de unos de sus personajes, expresa una abierta crítica al naturalismo, lo cual hace pensar que no era de su gusto.

lectores de la crisis social y de autoridad que desemboca en un conflicto local que, al paso del tiempo, tiene un alcance nacional.

La novela más reconocida por la crítica es *La parcela* (1898), de la cual la prensa de la época desplegó una serie de elogios que desde la apreciación de Mariano Azuela eran inmerecidos porque se sumaba a la larga lista de obras mediocres en el escenario de la literatura nacional. Azuela fundamenta su crítica a partir de las influencias que la novela mexicana recibía de España y de Francia; por ello, se continuaba con la imitación de esos modelos europeos sin llegar a encontrar una esencia identitaria. Por lo visto, a fines del siglo XIX, los escritores todavía buscaban dotar a sus obras de un sentido nacionalista. Para Azuela (1947), la obra constituye “[...] un triunfo a medias. López Portillo se propuso hacer una buena obra literaria y la hizo excelente; quiso escribir una buena novela mexicana y fracasó” (p. 151). La afirmación obedece a que López Portillo era un funcionario, un aristócrata que no tenía cercanía con los campesinos ni con los sectores desprotegidos (los de abajo). En todo caso, Azuela la ubica como una novela bien escrita y con méritos estéticos, pero con personajes tomados de las carátulas de las revistas o de las películas de rancheros y no de la realidad compleja de la época.

Nieves es una novela corta poca referenciada y publicada en Guadalajara en la revista *La República Literaria* en 1887; es casi desconocida y por ello no hay abundante crítica académica. En la época del autor se pensaba que la esencia de la “mexicanidad” estaba en el espacio rural, motivo por el que se le observa o bien como el *locus amoenus* o bien como el espacio de disenso, de injusticias, de rebeldía de los pobres, de abuso de los caciques y en tanto escenario de los primeros levantamientos del pueblo, precisamente por el maltrato y la vida precaria. Cabe indicar que, en la novela, sí existe una visión crítica de la situación que viven los jornaleros, quienes son víctimas de explotación por parte del hacendado, sujeto que se siente dueño de todos y que decide de acuerdo con sus intereses. Sin duda, el gobierno de Díaz ocasionó descontento y levantamientos tanto en el norte de México como en el occidente, y de ello da cuenta *Nieves*, de López Portillo y Rojas. Al igual que Frías, López Portillo expone un espacio ficcional donde el *leitmotiv* son el abuso de autoridad y la violencia en sus múltiples manifestaciones: psicológica, verbal, emocional y, sobre todo, física. Además, son los pobres y los desprotegidos quienes parecen no tener derechos ni jurídicos ni humanos; en

cambio, el cacique tiene a las autoridades a su servicio y actúa bajo su amparo y complacencia.

Resultaría una contradicción que un escritor nacido en una familia acaudalada, durante el mandato de Porfirio Díaz, observara con ojo crítico a la sociedad de su tiempo y esto lo refleja en su obra literaria². Al parecer no estuvo de acuerdo con la reforma liberal³ y sus consecuencias en lo político y en lo educativo; por ello, simpatizó con Díaz como un medio para combatir el liberalismo y para defender sus intereses económicos. Sin embargo, con el transcurso de los años y ante el crecimiento de la nueva burguesía industrial, el sector conservador al que pertenecía López Portillo se mostró en desacuerdo, por lo cual el escritor jalisciense utilizará la ficción para expresar críticas que directa e indirectamente iban contra el gobierno encabezado por Díaz. Al respecto, Joaquina Navarro (1992) advierte lo siguiente: “Cuando fue posible la censura abierta, la obra literaria de López Portillo reflejó bien claramente numerosos puntos de antagonismo con la situación social y espiritual que mantuvo en México el prolongado régimen porfirista” (pp. 152-153).

² Es una idea que Mariano Azuela expresa porque lo vio como un escritor privilegiado que cultivó la literatura por gusto, y cuando López Portillo y Rojas hizo crítica social le resultó poco creíble, incluso, ironizó sobre su postura de defensa de los desprotegidos, ya que este nunca conoció la pobreza y la marginación a raíz de que toda su vida vivió en la abundancia y ocupó espacios de poder en el gobierno. A diferencia de Azuela, quien es autor de una obra ancilar de la literatura mexicana y cuyo título es *Los de abajo* (1915), en la cual se habla precisamente de los que participaron en la Revolución, inmersos en la pobreza y víctimas de explotación en las haciendas, quienes no tuvieron otra alternativa que luchar para intentar revertir la situación social. Azuela siempre se mostró en su narrativa como un autor de compromiso social, un conocedor del momento histórico que le tocó vivir.

³ En la modernidad se enfatiza la razón y la autonomía del sujeto, lo cual es aplicado a la vida práctica y tiene consecuencias en los aspectos social, político y económico. Se cree que el individuo tiene sus derechos frente al Estado, que no deberá intervenir en los negocios para que el ciudadano burgués pueda alcanzar el éxito en un contexto de libre competencia. En Europa, el liberalismo destaca como la ideología burguesa que se caracteriza por el individualismo, el materialismo y el ateísmo, hecho que marca la pauta en cuanto a las características del liberalismo mexicano que supone la influencia europea. Por eso, se pueden enumerar algunas características del liberalismo mexicano: se lucha para establecer un gobierno republicano en México; se pugna por el Estado con división de poderes (legislativo, ejecutivo y judicial); se habla en términos de un liberalismo nacionalista; se pugna para establecer el laicismo en la educación; se promueve la secularización en hospitales, cementerios y Registro Civil; se promueve un racionalismo religioso contra la Santa Sede de Roma; el liberalismo mexicano simpatiza con el protestantismo; se proclama la desamortización de los bienes eclesiásticos; se propaga que la soberanía reside en la nación, pero a esta se le identifica con la élite del poder; el liberalismo en México funge como antecedente del positivismo y de la idea de progreso.

3. EL DESCONTENTO SOCIAL DESDE LA PROPUESTA FICCIONAL

A *Tomóchic* se le ha ubicado en el eje de la novela indigenista; sin embargo, hay críticos⁴ que han insistido que en la naciente república mexicana coexistieron dos visiones opuestas: la del centro y la del norte. Una concentraba las virtudes de la nación, pues se la pensó en términos de progreso, de topografía fértil, heredera de procesos históricos y políticos que forjaron el ser del México decimonónico. La otra, en cambio, desdeñaba el norte y no consideró la larga lucha de sus pobladores contra grupos indígenas subversivos —de condición nómada o seminómada— como los comanches y los apaches. Lo anterior, sin duda, propició un distanciamiento entre la región del centro y la del norte; y los historiadores han aclarado que los habitantes del pueblo de Tomóchic no pertenecieron a un grupo indígena, sino que en algún momento se vieron determinados a defender sus propiedades y a sus familias de los enemigos que asolaban la región, sin que la mayoría de las veces contaran con el apoyo del gobierno mexicano (Avechuco & Ceceña, 2019). Esto con el tiempo produjo un sentimiento de orgullo y una identidad particular, alejada de los intereses del centro; además:

[...] en el imaginario centralista-nacionalista, las características históricamente atribuidas a los apaches fueron extendidas al sujeto norteño en general, en especial al que se hallaba lejos de los sectores urbanos. Descendientes de colonos militares, criollos, mestizos o apaches: desde el ángulo centralista, todos estaban cortados con un patrón similar (Avechuco & Ceceña, Sincronía, 2019, p. 438).

En general, el norte se vio como un espacio hostil e inhóspito en el que prevalecía la barbarie entre sus habitantes. Ahora bien, en la obra se encuentra la guerra como *leitmotiv* que desencadena los conflictos sociales, políticos y amorosos. Desde el inicio del relato se plantea la catáfora que anticipa el exterminio del otro porque representa un peligro para la estabilidad del gobierno de Porfirio Díaz. Incluso el encuentro con los otros no es en términos pacíficos, sino de confrontación continua. Existe esa oposición entre civilizados —los del centro, los ciudadanos, los blancos, los letrados, que están del

⁴ Daniel Avechuco e Itza Estefanía Ceceña (2019) explican las diferencias topográficas, políticas y raciales en el territorio que comprende la república mexicana y la división que se acentuó entre los del norte y los del centro durante prácticamente todo el siglo XIX. Si reflexionamos un poco más sobre la historia de México, en realidad comprende también el periodo prehispánico, puesto que las culturas más desarrolladas e importantes ocupaban el centro, como fue el caso de los Aztecas, mientras los grupos menos desarrollados en lo económico y cultural (los llamados chichimecas) se concentraban en el norte. En esta parte del territorio la naturaleza siempre ha sido menos bondadosa, por lo que los antiguos pobladores eran seminómadas y las migraciones eran constantes; en cambio, los del centro estaban más desarrollados, además que poseían más recursos naturales.

lado del orden y defienden la estabilidad social del país—, quienes llegan a pacificar, paradójicamente, con el uso de las armas. En el otro extremo, en cambio, están los bárbaros, los norteños, los transgresores de la ley y el orden —los habitantes de Tomóchic—; en suma, los que son vistos como ignorantes y fanáticos, que luchan sin una causa justificada y quienes desobedecen a las autoridades eclesiásticas y civiles. Para Díaz y las fuerzas federales, los tomochitecos representaban un mal ejemplo para el resto del país, su rebelión era injustificada y había que exterminarlos; inclusive para el dictador resultaba intolerable que renegaran de su gobierno, que retaran abiertamente a las autoridades y que quisieran regirse bajo sus leyes.

En el universo literario prevalece la visión del narrador extradiegético y del personaje Miguel Mercado, quien da su testimonio como miembro del ejército; por lo mismo, se trata de un protagonista confiable de los hechos que refiere. En él se identifica esa doble apreciación de los otros, los norteños, ya como rebeldes y fanáticos que rechazan la práctica de la religión católica porque se rinden ante los “milagros” de la Santa de Cabora y el supuesto Cristo de Choque, pero también se capta cierta admiración hacia el valor y arrojo de los pueblerinos, diestros en el manejo de las carabinas Winchester. De ahí que el narrador exprese: “La causa de los insurrectos parecía ser simpática, aunque nadie definía su bandera política [...]. Eran admirables tiradores, heroicos, inteligentes, caballerescos, inauditos” (Frías, 1985, pp. 476-477). En la obra no pueden evitarse los elogios hacia los que luchan por una causa en contra de los intereses del gobierno local y federal; por ello, en varias ocasiones se expresa que los hijos del pueblo de Tomóchic “eran unos semidioses; invencibles, denodados, audaces, unos tigres en la sierra, que derrotarían todas las fuerzas que se les enviaran” (Frías, 1985, p. 477).

En varios capítulos de la novela (VI, VIII y XII) se expresa que la tropa avanza por la sierra rumbo al enfrentamiento con los habitantes del pueblo rebelde y son conscientes de los riesgos que entraña la misión que se les encomendó, del poco conocimiento del terreno, de las habilidades bélicas de sus adversarios o del escaso adiestramiento de varios miembros del ejército, lo cual les hace sentirse temerosos; incluso, se ridiculiza a los miembros del escuadrón porque una vez que comienza la avanzada caen abatidos por la puntería de los tomochitecos. De tal modo, Miguel Mercado evidencia la actitud neófita de sus compañeros en el manejo de las armas, sus fallidas estrategias castrenses, su cobardía para enfrentar a los rebeldes y el miedo que no logran ocultar, pero había que

cumplir con la misión, atravesar la sierra y llegar hasta donde se encontraban los insurrectos, puesto que:

[E]ra preciso ir hasta donde se les mandaba, ir y morir, para que los demás en la gran patria mexicana, viviesen tranquilos... Era preciso sacrificarse, sin una protesta, sin un rumor hostil, prontos a dar su sangre y su alma... (Frías, 1985, p. 483).

No obstante, en la novela también se percibe esa dualidad sobre los pobladores, quienes, para los defensores de la ley y el orden —los altos mandos del ejército mexicano—, eran bandidos, dementes, incestuosos, fanáticos y salvajes; pero para el narrador son también héroes, valientes, decididos y poseedores de una locura peligrosa que bien podía extenderse por todo el territorio. De ahí la urgente necesidad de sofocar la rebelión.

En toda la novela son claras las diferencias de los norteros con los del centro y los tomochitecos con las autoridades, con los apaches, con los soldados. Además, lo que predomina es la óptica de Miguel Mercado —para Begoña Arteta (2007) y Antonio Saborit (1994) es el *alter ego* de Heriberto Frías—, quien no solo emite su apreciación sobre la guerra, la violencia, los rebeldes y el espacio, sino que confronta el mundo conocido, la ciudad y la civilización de la que proviene, con el hostil y salvaje que se desvela ante sus ojos. Así, construye una imagen “realista” del escenario en el cual interaccionan los personajes, esto es, una crónica que relata los acontecimientos en el pueblo de Tomóchic. Él representa a la autoridad, está del lado de quienes llegan con la misión de imponer el orden y hacer respetar la ley. Su apreciación es la que domina en todo el relato; no en vano es el testigo ocular de los sucesos.

El asombro del personaje protagonista es por las costumbres primitivas de los lugareños que permiten que una mujer hermosa como Julia cohabite con un sujeto como Bernardo, quien es el tío de la joven. Miguel Mercado no termina de sorprenderse cuando se entera que fue el padre de Julia quien ordenó que se constituyera como su concubina, tras una argumentación religiosa que permitía tal hecho. De tal suerte que Cruz Chávez tolera que el viejo Bernardo viviera con Mariana, su mujer, y con Julia en la misma choza, ya que:

[E]n el nombre de Dios —clamó— ya no son mi familia, mi mujer es la Virgen María, pero obedecerá a mi hermano; los tres serán esposos, para que yo sea el Padre de la Santísima Trinidad; tú, el Padre (y señaló a Bernardo); tú, la hija, y tú, el Espíritu Santo (e indicó a las dos mujeres) (Frías, 1985, p. 495).

En la novela se capta con insistencia la idea que los habitantes del pueblo de Tomóchic se creen invencibles y las balas de los enemigos no los tocan, pues creen con firmeza en las palabras de la Santa que los protege, así como en los poderes de Cruz Chávez. En ese sentido, el narrador expresa lo siguiente: “Aquel puñado de fieros hijos de la montaña estaba poseído de una frenética demencia mística. Un vértigo confuso de libertad, un anhelo de poderío en aquellas almas ignorantes, sopla bárbaro impulso sobre la tribu aislada extrañamente de la vida nacional” (Frías, 1985, p. 494).

En el capítulo “Los perros de Tomóchic” se describe con crudeza el escenario en el que los perros, a pesar del hambre y la sed, intentan salvaguardar los restos mortales de sus amos y los cerdos hambrientos disputan con ellos porque quieren devorarlos. Por eso, “[A]l ver venir los perros a los puercos, se les echaron encima... y aquello era una batalla sobre los mismos muertos; los marranos morían de hambre, los perros ladraban con furia, ¡siempre fieles!” (Frías, 1985, p. 581). Esta escena es una metáfora de la batalla desigual que se libró en la sierra de Chihuahua, donde la embestida de las tropas del gobierno se dejó sentir y resultó una masacre en la que casi se extinguió la totalidad de los habitantes del pueblo rebelde. En toda la obra se evidencia con tono realista y trágico la brutalidad de la guerra, así como la muerte que deja sus rastros en el barro, los miembros dispersos, cabezas, troncos y la sangre encharcada.

El cuadro que pincela Miguel Mercado al final de la obra está lleno de muerte, desgracia y dolor, lo que provoca en efecto de conmoción ante el espectáculo de la sangre y los miembros dispersos. El último reducto de los rebeldes es la iglesia del pueblo, la asonada intermitente no impide los gritos de los lugareños que siguen en la defensa de sus ideales, que piden la salvaguarda de la Santa de Cabora o que imploran la protección de Dios y de Papa Cruz; sin embargo, los soldados no cesan de arrojar petróleo, granadas y descargas de cañón al grito de “¡Viva el General Díaz!”, “¡Viva el Supremo Gobierno!”. Es más, los subalternos del dictador no respetan las vidas de ancianos, mujeres y niños, la esperanza de sobrevivir es nula para los sitiados, pero a pesar de la embestida no se rinden y continúan peleando con el último aliento. Los líderes rebeldes no atienden la solicitud de rendición incondicional ni permiten que las mujeres y los infantes abandonen el reducto porque desconfían de los representantes del gobierno. Miguel contempla la desgracia, parece inaudito que bajo un cielo azul y un sol espléndido “[...] continuaba sobre el campo el sombrío espectáculo del desastre, y los mismos contornos tristes de las

casas arruinadas y de la Iglesia en escombros, ardiendo silenciosamente, abandonada, vomitando negras humaredas [...]” (Frías, 1985, p. 605).

Tomóchic no solo es la crónica de una masacre en la que no se respetaron las vidas de niños, mujeres, ancianos y hombres, sino que también representa el preludio de un conflicto social de mayor alcance que las huestes de Porfirio Díaz intentaban controlar para que no cundiera por todo el país. La novela de Frías es importante porque con su aparición inicia el ciclo de la llamada narrativa de la revolución. La obra simboliza la tragedia humana que se inserta en la historia nacional en la que tanto soldados como lugareños son víctimas del deber en una guerra de mexicanos contra mexicanos, y además sin sentido, pues al final todos son parte del pueblo. Los soldados obedecieron las órdenes de someter mediante la fuerza a los rebeldes y parecen no ser del todo conscientes de la masacre que ocasionaron con el uso de sus armas, dado que en realidad peleaban sin una causa personal, sino movidos por el deber y en defensa de los intereses de la cúpula que los consideraba también parte de la masa y sometidos al poder político de Díaz. Al final, todos eran víctimas de las acciones económicas y políticas de un presidente que privilegió a un pequeño sector y afectó a la mayoría de la población. En efecto, la voz de Miguel Mercado se deja sentir cuando dice: “[...] somos las víctimas expiatorias de los extravíos sociales, somos los inmolados por el destino o la casualidad en nuestra misión de soldados” (Frías, 1985, p. 508).

Los tomochitecos, por el contrario, defendían su derecho a pensar y a actuar diferente, movidos por sus creencias y supersticiones. En tal sentido, Frías, en su propuesta narrativa, “[N]o oculta los horrores de la guerra, sino que pone en escena una totalización simbólica: donde Tomóchic peleando una guerra contra México, está inadvertidamente participando en una narrativa multiseccular del devenir mexicano” (Davobe, 2004, p. 364). La novela aporta en la construcción de una memoria nacional en la identidad del México finisecular que se proyecta en el siguiente siglo con un rostro marcado por la pobreza, las desigualdades y la tragedia. *Tomóchice*, entonces, representa un testimonio del actuar del gobierno de Díaz que mandó un número de soldados que triplicaban las tropas de los serranos. Esto significa la catástrofe que se vive en la nación mexicana y que se inserta en la historia nacional a partir de la novela testimonial que aporta su autor.

Asimismo, se plantea la dualidad civilización vs. barbarie en la que los soldados al servicio de Díaz, en tanto víctimas del deber ser y del cumplir con las órdenes del jefe máximo de la nación, no fueron del todo conscientes de la tragedia ocurrida en el pueblo de la sierra; por su parte, los tomochitecos, en su mayoría integrado por adultos mayores y mujeres, tampoco fueron conscientes del significado de sus acciones y cayeron abatidos como víctimas del deber ser libres para decidir sobre sus creencias y costumbres. Por ello, en la novela, la violencia se incorpora en la trama y decide los acontecimientos mientras que el pueblo se manifiesta como ente colectivo que lucha por una causa que considera justa y necesaria. De tal suerte que Heriberto Frías, en las páginas de su texto, no maquilla la masacre y pone en escena lo absurdo que puede ser una guerra, y muestra los horrores o lo que al final es “[U]na guerra entre hermanos” (Davobe, 2004, p. 364).

Otra novela que en sus páginas muestra el rostro crudo del México con sed de justicia es *Nieves*, del escritor jalisciense José López Portillo y Rojas. En la obra también aparece un personaje-narrador que presencia los acontecimientos y relata el abuso de autoridad de parte del cacique que paradójicamente recibe el nombre de Don Santos, quien es el dueño de las tierras, de la hacienda e incluso se cree propietario de las jóvenes hermosas del lugar (las considera un trofeo digno de presumirse o como objetos apreciables por su belleza; por ello, lo primero que hace es mostrarlas a los extraños). En el texto se maneja el recurso del forastero que llega al pueblo de Tequila y se maravilla por lo que se revela ante sus ojos. Desde el principio, Don Santos le presume toda su riqueza, sus bienes materiales y las bondades del lugar. Por lo anterior, el personaje asegura que:

Don Santos era uno de esos hacendados arbitrarios y crueles, que abusan de su posición para tiranizar a los moradores de sus tierras. Aquellos que bastante orgullosos y honrados no se sujetan a su yugo, los lanzaba de sus dominios ignominiosamente, llamándolos ladrones (López Portillo y Rojas, 1985, p. 156).

En *Nieves* se muestra al cacique orgulloso y prepotente que en todo momento evidencia su poder monetario; en efecto, puede afirmarse que su nombre es una ironía y que su físico corresponde al de un hombre viejo, gordo, pelo cano y enredado, de rasgos vulgares y en sintonía con su ser moral corrupto, abusivo y degenerado. Por ello, el personaje narrador afirma: “Su conjunto era antipático y repugnante; acaso más aún me lo parecía por verlo tan despiadado y corrompido” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 158). No respeta a las mujeres ni a los hombres e intenta abusar de la que parece ser la más

hermosa por su piel blanca, ojos claros y pelo rubio. El testigo lo dice así: “Era a mis ojos un milano cerniéndose sobre blanca y tímida paloma” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 158). Además, es un viejo libertino que no le importa ultrajar el honor de las jóvenes de su hacienda con tal de saciar sus instintos. Sus ojos lo mismo destellan deseo por las mujeres bellas que odio por sus trabajadores a quienes humilla ante la menor provocación.

En *Nieves*, a su vez, se observa el maniqueísmo en los personajes. Por un lado, los pobres, los campesinos y jornaleros, los que trabajan la tierra, sirven en la hacienda, venden su fuerza de trabajo para malvivir, malcomer y malvestir, como Juan y otros; es decir, los que por su pobreza parecen estar predestinados al sufrimiento y a las embestidas de la vida, e incluso los desposeídos tienen un perfil moral que los convierte en víctimas de maltrato humano, padecen la violencia e intentan defender su dignidad mancillada por los abusos del cacique. Por otro lado, está la figura dominante del amo y del dueño de los medios de producción; este se siente propietario de las personas, el dueño de las tierras, de las fincas, esto es, se trata del que manda y decide de manera absoluta sobre sus bienes y sobre los desprotegidos. En toda la novela el conflicto es de clase social y por ende surge el maltrato y el abuso de autoridad.

También se describe una abundante y hermosa vegetación propia de un clima cálido como el que predomina en Jalisco; no obstante, se manifiesta una contradicción, pues mientras la naturaleza prodiga sus frutos sin distinción, los seres humanos son egoístas y se apropian de los recursos naturales. Por ello, el cacique en el universo ficcional impide que los campesinos, a pesar de trabajar largas jornadas, consuman las bondades que ofrece la naturaleza y apenas reciben alimentos para sobrevivir. La abundancia de la naturaleza es directamente proporcional a la pobreza de los peones, sin importar que Tequila sea un espacio privilegiado.

Nieves es una novela con una clara tendencia hacia la denuncia social que muestra la realidad cruda del México de fines del siglo XIX y principios del XX y en la que se capta el maltrato del amo hacia el peón, así como su actitud despiadada e insensible ante la miseria y el hambre. Por tal motivo, el personaje narrador dice: “Causa verdadero asombro la miseria en que viven los campesinos. Trabajan sin tregua, comen poco, andan casi desnudos y no tienen exigencias ni goces, aparte de las meramente animales” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 167). El cacique nunca está conforme con el trabajo de sus jornaleros, los insulta y acusa de holgazanes y animales. Se muestra una sociedad

hermética, estratificada y dividida: de una parte, los ricos, dueños de las tierras, de las haciendas, del ganado y de todo lo material; de otra parte, el pueblo desprotegido y sin recursos.

Cabe indicar que, en la novela, el hacendado es odiado por su orgullo, su rudeza y su carácter dominador; sin embargo, también es temido porque se sabe que tiene a las autoridades de su parte, razón por la que nadie se atreve a denunciar sus abusos. En ese tenor, se expresa que resulta vergonzoso que los servidores públicos no cumplan con su trabajo y no ofrezcan garantías al pueblo. El narrador advierte: “Nosotros cumplimos nuestro deber pagando al gobierno las contribuciones que nos impone, que no son escasas ni livianas y él es quien debe vigilar porque no se interrumpa el orden ni se atente contra la seguridad del Estado” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 194). Por lo anterior, se observa que en la época las autoridades se ponían al servicio de los que tenían poder económico y se encargaban de proteger sus intereses, y con sus actitudes agredían al grueso de la población.

Un hecho que llama la atención es que el observador-narrador no expresa a Don Santos su postura crítica y de inconformidad ante los abusos hacia los campesinos y demás trabajadores en la hacienda, pero sí intercede por ellos en algunas ocasiones e intenta ayudarlos en lo económico cuando presta a Juan veinte pesos para casarse con Nieves. También refiere al juez y al jefe político los atropellos que sufren los campesinos y manifiesta su indignación ante la opacidad de las autoridades; incluso ayuda a la joven mujer a ocultarse, a resguardar su castidad y la lleva a la casa del sacerdote. Al principio de la historia se presenta también como el nieto de un hacendado, y en varios momentos cumple con la función de informar a los lectores, se indigna ante la violencia y expone la radiografía social del México de fines de siglo XIX.

El narrador confiesa desde un primer momento lo siguiente: “Cuando era mozo solía pasar algunos meses del año en ese lugar en compañía de mis deudos, por ser el asiento de los negocios de mi abuelo materno, propietario de tierras y fabricante de alcoholes” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 147). Su visión refleja la nostalgia por la infancia, el aprecio por el lugar que conoció y el paisaje recrea su memoria con gratos momentos vividos en el pasado, en el espacio campestre. El personaje narrador enfatiza que es un viajero y que los miembros de su familia son potentados, dueños de ranchos y

con servidumbre en sus propiedades; su encuentro con Don Santos es por el trato que mantiene con los miembros de su familia.

En *Nieves*, la injusticia social se advierte desde que el narrador dice que existen lugares en México que están fuera del progreso que predicaba el gobierno y en los que pareciera que la civilización no ha llegado, y sentencia: “Nuestros labriegos saldrán de la abyección en que vegetan, el día que aspiren a comer bien, a vestir decentemente, y a procurar comodidades. Al elevarse su nivel moral, se levantará el de la república” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 167). Es decir, se asombra de la miseria en la que viven los campesinos, la ropa desgastada, los pocos alimentos que consumen, los continuos maltratos verbales y físicos de parte del que más que patrón parece el dueño de sus vidas. La novela muestra más una situación de esclavitud que una relación laboral entre los trabajadores y el dueño de las tierras.

Por otro lado, el pleito entre el hacendado y un peón de nombre Juan deja en evidencia que el primero se siente dueño de las personas y en todo momento demuestra su poder, a tal punto que sin motivos lo acusa de ladrón e intenta golpearlo. Por ello, “[...] acercóse a él Don Santos, y le descargó dos o tres cintarazos en la cabeza, que sonaron con golpe seco por la dureza del cráneo. Juan se retorció furioso, diciendo horribles insultos” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 176). Además, expone que el cacique es un personaje cobarde que toma ventaja y aprovecha sus influencias para lograr que encarcelen a Juan, quien en realidad es la víctima y declara en su defensa: “El amo Don Santos —me respondió con voz ronca— abusa de los pobres, pero yo señor, tengo vergüenza y soy tan hombre como cualquiera” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 178).

Los abusos del hacendado son constantes, pues no solo atropella en el ámbito laboral (sus peones trabajan largas jornadas y son mal pagados en la tienda de raya), sino que también el amo intenta forzar a la joven Nieves para tener relaciones sexuales, dado que es la mujer más bonita y la ve como de su propiedad, por lo que acuerda con la tía de la muchacha tener un encuentro a solas. Lo anterior no parece sino la escena de una sociedad feudal en la que el más fuerte y poderoso impone su voluntad al débil; sin embargo, la joven se resiste a la violación y logra escapar, con las consecuencias que implica el desprecio al amo, quien es capaz de agredir tanto a un hombre como a una mujer. Nieves refiere con horror lo ocurrido:

Me defendía como podía, atacando y resistiendo, cuanto mis fuerzas me lo permitían [...] Le di puñadas en la cara y le mesé las barbas; él por su parte me hería también con las manos y con los pies. Yo no sentía los golpes, estaba furiosa (López Portillo, 1985, p. 182).

El castigo para Nieves por el rechazo hacia el amo es la persecución, y para Juan —por enfrentar la embestida del cacique de la Florida— es la tortura y después la cárcel, ya que el jefe político del lugar lo considera un reo de riña y de cierta peligrosidad tras haber intentado asesinar al patrón cuando en realidad lo único que hizo fue defenderse. Don Santos es un personaje que evoluciona y se muestra intrigante y perverso, que se ofende por el desprecio de la joven mujer y su reacción se maximiza cuando Juan enfrenta su agresividad y actitud prepotente. A pesar de que las autoridades tienen conocimiento de los abusos del hacendado, no pueden actuar en su contra, dado que “[...] no hay quien se atreva a deponer ante mí respecto de ello. Se murmura en lo privado, pero nada se sostiene ante la justicia” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 185). La indignación del narrador crece al advertir que Juan es un personaje caído en desgracia y que difícilmente saldrá de la cárcel porque el acusador es influyente y las leyes no lo tocan.

De tal modo, Juan y Nieves parecen estar condenados a soportar la desgracia: a pesar de que las autoridades al final lo exoneran de culpa y obtiene su libertad, la pareja no puede vivir en Tequila por el miedo al cacique y no tiene más alternativa que entrar en “la bola” para resistir las adversidades, aunque no parece la mejor opción para la joven mujer por lo incierto de su destino. Juan, aun cuando se lo muestre como un hombre trabajador y pacífico, se ve determinado por la fatalidad y sabe que podría caer nuevamente en la cárcel o perder la vida a manos de su verdugo. Por lo cual, “[...] ahora se había tornado hombre de guerra y llevaba el corazón lleno de odio y cólera. En un momento se había torcido el rumbo de aquellas existencias. Al embate de agentes extraños había sufrido inesperadas metamorfosis su suerte [...]” (López Portillo y Rojas, 1985, p. 193).

La trama de la novela recuerda lo que expresa el periodista norteamericano Jhon Keneth Turner en su libro *México Bárbaro* (2019), que se sitúa precisamente en el porfiriato. El autor señala que en el extranjero predominaba cierta visión sobre el presidente Díaz en torno a la modernización de México, la apertura comercial o el progreso con la llegada del ferrocarril; no obstante, al periodista le llegaron ciertas referencias sobre la esclavitud que se vivía en determinadas zonas de México y por eso

decidió emprender un viaje para constatar lo que plasma en sus páginas. Asegura que: “México es un país sin libertad política, sin libertad de palabra, sin prensa libre, sin elecciones libres, sin sistema judicial, sin partidos políticos, sin ninguna de nuestras queridas garantías individuales, sin libertad para conseguir la felicidad” (Kenneth, 2019, p. 17). También menciona que en el México de Díaz los pobres no tenían derechos y que las masas vivían explotadas y en situación de esclavitud. En la época que en la que realizó el reportaje (1908) ya se hablaba de una revolución social como alternativa ante la injusticia y para derrocar al gobierno porque, según Keneth Turner (2019), “[...] había desposeído al pueblo de sus tierras, porque había convertido a los trabajadores libres en siervos, peones y algunos de ellos hasta en verdaderos esclavos” (pp. 18-19). En sus páginas denuncia la esclavitud humana habida cuenta de que hombres y niños eran vendidos y comprados como si fueran animales.

CONCLUSIONES

Las circunstancias sociales y políticas en México, desde el período colonial, fueron de continuo conflicto porque predominó en los criollos la idea de separarse de España y construir una sociedad donde existiera la libertad de imprenta, de pensamiento, de expresión y se respetaran los derechos humanos y cívicos. En el siglo XIX, la literatura da cuenta de los conflictos entre liberales y conservadores, de las crisis sociales y políticas, de las invasiones extranjeras, de la guerrillas internas, de los proyectos de modernización del país, del triunfo liberal y el impacto de las leyes de Reforma en la educación y en la sociedad. A su vez, expone los conflictos surgidos en el norte y occidente durante el gobierno de Porfirio Díaz, porque, en realidad, este beneficiaba a un grupo selecto y cercano, y desprotegía a las mayorías. Así, la literatura constituye un instrumento de denuncia social que muestra la radiografía del México que los gobernantes no querían ver y con necesidad de justicia y de libertad. Por ello, *Tomóchic* no es solo la crónica de una masacre ni tampoco trata solo de un conflicto religioso que involucró lo social y lo político, sino que también constituye un preludio de una situación de alcance nacional que acabó con la dictadura de alguien que disponía de un país a su antojo y desembocó en la Revolución Mexicana.

La novela de Frías, entonces, abre un ciclo en la literatura que la dotó de identidad y en la que aparecen los desposeídos como protagonistas; por ejemplo, los habitantes de Tomóchic (*Tomóchic*), Demetrio Macías (*Los de abajo*) y Tiburcio (*Vámonos con*

Pancho Villa); en ese orden, se nutrió de los conflictos no de orden individual, sino históricos, sociales y políticos. En el caso de la novela de José López Portillo se aborda el tema del abuso de autoridad del hacendado, quien actuaba como ser omnipotente y con el respaldo de las autoridades cometía toda clase de atropellos a los derechos laborales y humanos de sus jornaleros. En ambas novelas hay un personaje narrador que actúa como testigo de los acontecimientos e informa a los lectores sobre la situación. En *Tomóchic* el personaje Miguel Mercado juzga, informa y se involucra con la joven Julia, y siempre muestra simpatía por los rebeldes, de quienes destaca su valentía y habilidades castrenses, así como su fanatismo y la defensa enérgica de sus ideales. En *Nieves*, por su parte, el personaje narrador en varios momentos colabora con Juan y Nieves para tratar de ayudarlos como interceder por ellos ante las autoridades; es decir, su función no solo es la de un espectador, sino que se muestra sensible ante la violencia que azota a los pobres.

En síntesis, estas novelas constituyen documentos valiosos que se enmarcan en una de las etapas cruciales en la historia de México: la prerrevolución y la Revolución. En las dos se destaca el descontento que predominaba en todo el país con la política discriminatoria de los derechos jurídicos y humanos de Porfirio Díaz. Además, en los universos ficcionales tratados los protagonistas son los de abajo, los que parecen no tener voz, pero que con sus acciones cambiaron el rumbo y la historia de un país con hambre de justicia social. Por tal motivo, se expone que ante el maltrato y la miseria del pueblo no existía más alternativa que recurrir a la violencia para que llegara el cambio y, por ende, la construcción una sociedad distinta en la que se practicara la libertad de pensamiento, de palabra y de acción; donde predominara la igualdad, la tolerancia y la felicidad. Sin duda, la literatura es un constructo socio-cultural que se inspira en la realidad, cualquiera que sea esta, y da cuenta del hacer, del decir y del pensar de una época.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARTETA, B. (2007). La novela como denuncia social. Heriberto Frías. *Revista Tema y variaciones de literatura: entre la historia, el arte y la literatura*, (28), 121-134. <http://hdl.handle.net/11191/2884>
- AVECHUCO CABRERA, D. & CECEÑA CORONADO, I. E. (2019). En el desierto todos son apaches. La identidad del norte en *Tomóchic*, de Heriberto Frías. *Sincronía*, 23(76), 433-450. <https://doi.org/10.32870/sincronia.axxiii.n76.22b19>

- AZUELA, M. (1947). *Cien años de novela mexicana*. Ediciones Botas.
- BURGOS, F. (2006). *Antología del cuento hispanoamericano*. Editorial Porrúa.
- DAVOBE, J. P. (2004). *Tomóchic* de Heriberto Frías, violencia campesina, melancolía y genealogía fratricida de las naciones. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 30(60), 351-373.
- COSÍO VILLEGAS, D. (1998). El tramo moderno. En Daniel Cosío Villegas (coord.), *Historia mínima de México* (pp. 87-102). Secretaría de Educación Pública.
- FRÍAS, H. (1985). *Tomóchic*. En Silvia Molina (coord.), *La novela realista* (pp. 469-617). Promexa.
- ILLADES AGUIAR, L. (1994). Después de *Tomóchic*. *Revista Secuencia*, (30), 95-116. <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i30.477>
- KENNETH TURNER, J. (2019). *México Bárbaro*. [Trad. de Sergio Gaspar Mosqueda]. Editores Mexicanos Unidos.
- LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, J. (1985). Nieves. En Silvia Molina (coord.), *La novela realista* (pp.147-197). Promexa.
- MONTANARO M., M. E. (2010). Olvido y memoria: *Tomóchic* de Heriberto Frías. *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico Latinoamericano*, (2), 1-21. <http://pacarinadelsur.com/home/oleajes/58-olvido-y-memoria-tomochic-de-heriberto-frias>
- NAVARRO, J. (1992). *La novela realista mexicana*. Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- SABORIT, A. (1994). *Los doblados de Tomóchic. Un episodio en la historia de la literatura*. Cal y Arena.
- SPECKMAN GUERRA, E. (2008). El porfiriato. En Alberto Torres Rodríguez (coord.), *Nueva historia mínima de México ilustrada* (pp. 337-392). El Colegio de México.
- ZAVALA ALVARADO, L. (2007). *Manual de análisis narrativo. Literario, cinematográfico, intertextual*. Trillas.